

17 de mayo: Homenaje, en el Día das Letras Galegas, a Manoel Antonio

No es la primera vez que hablamos en TRIUNFO de la Festa de cultura galega, del Día das Letras Galegas, instituido en 1963 por la Real Academia Galega para conmemorar un hecho aурoral en la historia de la literatura gallega y en la historia de la concienciación galleguista: la aparición, en Vigo, del primer libro en nuestra lengua de Rosalía de Castro. El libro, "Cantares gallegos", de 1863, era, además de la voz del país, un alegato, a su modo, contra la marginación del país.

Como es sabido, nuestra Academia dedica el Día a un escritor, este año el poeta rianxeiro Manoel Antonio (1900-1930). En los últimos años, sin embargo, algunas entidades culturales y algunos grupos políticos centran su atención en otros temas. En esta ocasión para el Bloque Nacional Popular Galego, por ejemplo, la fecha fue un pretexto para reclamar en actos y en carteles la oficialización de nuestro idioma. En todo caso Manoel Antonio publicó en 1922, con el dibujante Alvaro Cebreiro, un manifiesto estético en el que figura esta contundente proclama: "Pero hai aínda unha razón de orde superior: a nosa fala é nosa. Pospola a outra calquera é unha forma de suicidio".

Tal afirmación puede leerse todavía en uno de los "posters" hechos por el Círculo Orensano Vigués, la entidad que ha protagonizado e impulsado en los dos últimos años los acontecimientos más concienciadores y movilizadores del Día.

Que el "problema" de la lengua gravita sobre todos o casi todos lo prueba la mesa —la mesísima— redonda en que intervinieron en Vigo, convocados por el Círculo Orensano, lingüistas, políticos, sindicalistas, alcaldes y rectores de la cultura oficial. El tema del debate (la normalización de la lengua), la posibilidad —no frustrada— de combate y la condición de los contendientes, dieron lugar a algo no sorprendente: el acto cultural más masivo de la efemérides. Más masivo, incluso, que la cena en que se entregaron los segundos Premios de la Crítica, premios también ideados y organizados por el Círculo Orensano de la ciudad de Vigo, en estas fechas ciudad de más actividad cultural galleguista.

Manoel Antonio era hasta 1972 poeta de un solo libro, "De catro a catro", aparecido en 1926 en plena fiebre hispánica de ismos (ultraísmo, gongorismo, creacionismo...). En su poesía, más admirada que gustada y más citada que leída, todos reconocen su novedad, su originalidad formal. En efecto, iba con las vanguardias y respondía a la iconoclastia gritada seis años antes en el mencionado manifiesto. Los poemas exhumados y prologados en 1972 por Domingo García-Sabell, médico humanista de la estirpe de Novoa Santos, no rompen, en lo esencial, la imagen preexistente. El mismo García-Sabell acaba de publicar un grueso volumen de "Correspondencia" (cartas a y cartas de) en el que hay páginas altamente interesantes. Piénsese, por ejemplo, en la

"polémica" sobre arte popular sostenida con su coetáneo Castelao. De su nacionalismo, de su radical nacionalismo, teníamos, antes de este epistolario, pocas y pobres noticias. Por una carta del volumen (de hacia 1927) sabemos que su nacionalismo gallego no está en contradicción con su anarquismo, silenciado o ignorado hasta hoy por los estudiosos de nuestro escritor. La carta, a Alvaro Cebreiro, merece ser reproducida en Parte: "Yo me considero fuera de la 'Irmandade' porque resulta estrecha, muy estrecha, para la cantidad e intensidad de nacionalismo que siento. Cada vez me encuentro más alineado en mis ideas sindicalistas: suprimiendo el Estado, otra de las ventajas que se obtienen es la de suprimir la política; y la política, voy viendo que es nuestra gran enfermedad racial, la que es necesario aniquilar cuanto antes. Hay que encontrar la manera 'de que o galeguíño non poida ter un mandíño' y la mejor manera consiste en suprimir el 'mandíño': el Estado con todas sus organizaciones".

Se trata, sin duda, del primer texto anarquista de un intelectual galleguista. El anarquismo en Galicia, con Ricardo Mella a la cabeza, hablaba por aquellas fechas en castellano.

Hombre radical en su teorizar político-social, como poeta jamás cultivó la poesía civil (ni la patriótica, ni la justiciera, ni la satírica, ni la de denuncia...). Para él (como para el creacionismo y otros ismos de la época) el poema es una entidad autónoma, una "realidad" creada por el poeta ajena a la verdadera realidad. Así es en teoría y, en no pequeña medida, en la práctica. Pienso, sin embargo, que los mejores poemas de Manoel Antonio son aquellos, muy pocos, en que detectamos vetas de su existir y latidos de su intimidad. Es el caso de "Adéus", el último del libro "De catro a catro". Ello prueba, tal vez, que la realidad no origina grandes poemas, pero sin ella no hay gran literatura.

Puntualicemos que la conflictividad social (emigración, subdesarrollo, etcétera) no aparece ni subyace en sus versos. Era, pese a las apariencias, un poeta comprometido exigentemente con la escritura: hacia la poesía que creía necesaria para su país y, a la vez, la que lo autentificaba a él. Simultáneamente el ciudadano Manoel Antonio decía no a la podredumbre y a los proyectos políticos miserables.

Falleció, de tuberculosis como su padre (al que casi no conoció), en 1930 a los veintinueve años de edad. Dejó un montón de papeles inéditos que la madre del escritor confió a García-Sabell, quien publicó en la editorial Galaxia el volumen de "Poesías" (1972) y el de "Correspondencia" (1979). Esperamos con impaciencia el último tomo (segundo en la ordenación de esta "opera omnia") que contendrá la obra en prosa y las traducciones. Sólo entonces tendremos los datos precisos para trazar su "currículum" humano e intelectual. ■ XESUS ALONSO MONTERO.

deductiva que tenían los Sherlock Holmes o los Poirot: en primer lugar, Bárbara Arenas —o Lew Archer— ya no han sido montados desde la confianza en el individuo. Lo más que pueden presentar es osadía y mano rápida, reflejos. Una actitud absolutamente periodística, y ésta es la segunda deuda que la serie negra tiene con la prensa. Y la consecuencia de este mundo: esa especie de inactividad intelectual, que se combina con una feroz actividad física, inquisitiva y finalmente infructuosa. Violencia y seducción, dos armas no exclusivamente femeninas... y ampliamente usadas por los jóvenes detectives masculinos.

Pero, por otra parte, y ya ésta es la tercera deuda, el ojo del investigador cambia el experimento. Como decíamos al principio, sólo empiezan a pasar cosas cuando llega a la isla Bárbara Arenas. Y uno conoce eso también: en esta época, las cosas ocurren realmente cuando se saben, cuando se cuentan. El detective, pues, cambia de función: ya no descubre lo ocurrido para que no se supiera. Su sola aparición presumiblemente descubridora, lanza los hechos y la historia, la verdadera historia, es la que le ocurre a él... o a ella. En resumen, no se extrañen ustedes del nuevo periodismo. Todo tiene que ver con una nueva conciencia. También la novela de Lourdes Ortiz. ■ ROSA MARIA PEREDA.

Una novela de amor y de anarquía

El hecho de que Gabriel Jackson escriba una novela (1) es sor-

(1) Gabriel Jackson: En ese ayer casi olvidado y mudo. Novela Grijalbo, Barcelona, 1978.

Gabriel Jackson.





prendente. Que el protagonista de la misma sea un español exiliado en los Estados Unidos, ya lo es menos. Este Luis Baroja, minero asturiano, anarquista y antiguo soldado de la República, está hecho de la misma carne y sangre de Sacco y Vanzetti, y por ello el calvario de su juicio, prisión y muerte debe ser igual.

Y es en este sentido en el que debemos poner el primer pero a la obra. Con tanto dolor de corazón y todo el respeto debido a su labor de historiador, es preciso decir que Jackson hace trampa. Porque su novela en realidad no es tal. El drama de Luis Baroja sigue al pie de la letra el vivido realmente por los dos anarquistas italianos. La única diferencia radica en el contexto histórico y sociológico en que tiene lugar el proceso: los italianos fueron juzgados en los años veinte con el fondo de la xenofobia y la histeria antibolchevique de un gran sector de la sociedad americana; en la novela, Luis Baroja es condenado a principio de los años cincuenta, mientras el senador McCarthy se dedicaba a su caza de brujas, la guerra de Corea estaba en su apogeo y Mac Arthur y Eisenhower eran figuras públicas. Naturalmente, para un historiador profesional, como el au-

tor de la novela esta trasposición carece de la menor dificultad y así, al final, ha producido un reportaje histórico con la matización señalada del cambio de fechas y circunstancias.

Por lo demás, Jackson hace mala literatura. Intenta, sin conseguirlo, puntear a la actual generación de novelistas americanos y acercarse a las grandes figuras de la primera mitad de siglo. Pero es fácil darse cuenta de que carece de la minuciosidad de Breiser, de la capacidad de descripción de personajes de Sinclair Lewis, de la fuerza de Upton Sinclair, de la facilidad para narrar de Steinbeck o la plasticidad y soltura de Hemingway. Jackson se muestra premioso en los diálogos y poco creíble en sus situaciones. Las historias de amor que describe bordean el tópico y el más elemental ternurismo de revista del corazón.

Lo que sí tiene en su haber es un magnífico relato dramático. Y ésta es la única salvación de la novela. No es cuestión de la cal y la arena, sino de la constatación real de que esta mala novela puede ser interesante por lo que cuenta, aunque esté mal contado. La aproximación a esa reaccionaria sociedad americana, tan llena de puritanismo religio-

so y de toxido amor por el capitalismo, es algo que siempre fascina. La eliminación legal de un elemento extraño a la marcha "normal" de la historia burguesa sigue teniendo el mismo impacto popular que tuvo cuando sucedió con el líder sindical Joe Hill o los ya mencionados obreros italianos.

Aquí Jackson no se para en barras. Espigando de aquí y de allá, ha conseguido un buen muestrario de arquetipos de la "gran familia" norteamericana. Ese fiscal, Tony Blanchard, miembro de la Legión Americana, que a veces recuerda al Elmer Gantry de S. Lewis y otras al propio McCarthy; el juez Higgins, muy parecido al juez Webster Thayer, que condenó a Sacco y Vanzetti; la familia pequeño-burguesa del abogado Thomas Swarthout, tan cercana a los tipos de Dreiser, etc. Todos ellos son "pastiches" pero aceptablemente logrados.

El título de la novela, sacado de un poema de Carl Sandburg, es la mejor síntesis de lo bueno y lo malo que contiene: un intento honesto y bienintencionado de reconstruir un ayer, fácilmente olvidado por una sociedad satisfecha y con poca capacidad de rubor ante sus actos. Pero, a la vez, en este intento de novela histórica está contenida la falta de imaginación de su autor, que no ha sabido crear un producto original e independiente.

Y, sin embargo, me atrevería, una vez más, a invitar a una lectura de las desventuras melodramáticas de Luis Baroja. Que es lo único que no es melodrama en la novela de Jackson. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

Andalucía, a lo claro

La Editorial Popular publica en su colección "... aloclearo" un libro dedicado a Andalucía. Es un cuaderno apaisado de ochenta páginas, precio asequible (125 pesetas), lleno de datos, con mapas, dibujos, buen papel y maquetación e impresión claras.

Este es ya el octavo título de la colección ("Las elecciones", "Las multinacionales", "Los partidos políticos", "El Ayuntamiento", "La enseñanza", "La economía" y "La delincuencia juvenil"). Ahora se anuncia una segunda parte de "La economía", cuadernos sobre regiones y na-

cionalidades —tras "Andalucía", "Canarias"— y otros sobre "Las medicinas", "Las drogas" y "El alcoholismo".

Esta "Andalucía" de "... aloclearo" es una Andalucía clara. La lectura y reflexión de sus pocas páginas enseña mucho. Obra de numerosos autores: Pope Godoy y J. M. García Maudíño, una docena de colaboradores, media docena —entre ellos un colectivo— de "críticos a los borradores" y dos coordinadores, que son Enrique del Río y Antonio Albarrán (dos parecen pocos para coordinar semejante legión).

En el libro se estudia cómo es Andalucía (rica, pero empobrecida), cómo está (fatal), su cultura, su historia y su futuro. Un anexo describe sucintamente las ocho provincias e incluye el himno. Figura también una bibliografía de actualidad, con alguna errata de más y algún título de menos.

El cuaderno cumple su función vulgarizadora con dignidad. Los no andaluces acaso encuentren excesivo su tono voluntarista. Pero los hechos expuestos trascienden por su propia fuerza el carácter de recetario reivindicativo, necesario, sin duda, en una publicación hecha con afanes de movilizar conciencias y de superar complejos de inferiori-



dad alimentados con hambre (curioso y paradójico alimento). Ese carácter explica el continuo uso de comparaciones para bien o para mal. Unas y otras sirven de acicate para este deso de transformar la realidad que anima a los numerosos autores. La palanca transformadora es el conocimiento (y el libro lo da), movida por la fuerza de "sentirse orgulloso de ser andaluz". ■ V. M. R.